

Adela Zamudio: Una Obra y Vida Feminista

Willy O. Muñoz
Kent State University, Estados Unidos

En este estudio propongo analizar someramente la literatura de Adela Zamudio (1854-1928), especialmente sus ensayos y activismo social, para dar una idea del feminismo de esta valerosa mujer. Dora Cajías enumera los epítetos que la crítica ha asignado a esta escritora boliviana en su afán de sintetizar su vida: “Poetisa, maestra y polemista; puritana, casta y moralista, son algunos de los más reiterados rótulos que pretendieron definir y encasillar a Adela Zamudio y que más bien sugieren una inmensa paradoja: una mente libre en un cuerpo preso” (30); Cajías misma añade otro calificativo a Zamudio: la de ser una transgresora de su tiempo, designación que da título a su libro. En efecto, las acciones y escritura de Adela Zamudio están diseñadas para transgredir las normas sociales prevalentes de su tiempo. Su labor pedagógica, su preocupación por la posición marginal de la mujer, el amor por los niños, su caridad práctica, su postura liberal en la política, su espíritu conservador en la conducta personal y su posición anticlerical son evidencias de su complejo espíritu revolucionario.¹

Su disconformidad con la sociedad patriarcal en la que le tocó vivir se manifiesta en *Ensayos poéticos* (1887), texto que contiene ya una voz auténtica que protesta contra las injusticias de este mundo, que denuncia la hipocresía de su sociedad (42). Efectivamente, su rebeldía e inconformidad social quedan plasmadas especialmente en dos poemas: “Nacer hombre,” escrito unos años antes de que comenzara el siglo XX, en el que repudia las desigualdades sociales y la posición de privilegio de que goza el varón por el solo hecho de haber nacido hombre. Dice la estrofa inicial:

Ella, ¡qué trabajos pasa
por corregir la torpeza
de su esposo! y en la casa
(Permitidme que me asombre)
tan inepto como fatuo
sigue él siendo la cabeza,
porque es hombre. (1993, 91)

No sólo el hombre es el blanco de sus airados versos, sino que la hipocresía eclesiástica es asimismo objeto de su crítica. En “¿Quo vadis?” apostrofa a la Iglesia por su crueldad

1 Gran parte de este ensayo proviene de mi libro *La narrativa de Adela Zamudio*.

histórica, por los falsos valores que ostenta y la hipocresía que fomenta y acusa al mundo por su perversión irredenta:

La Roma en que tus mártires supieron
 En horribles suplicios perecer
 Es hoy lo que los Césares quisieron:
 Emporio de elegancia y placer.

Allí está Pedro. El pescador que un día
 Predicó la pobreza y humildad,
 Cubierto de lujosa pedrería
 Ostenta su poder y majestad. (1993, 25)

En general, los poemas de Zamudio no sólo son portadores de su dolor y soledad, sino que también dicho himno de rebelión, de bondad y de belleza está puesto “al servicio de las inquietudes sociales de su tiempo. De ahí la fuerza de su genio, los basamentos de mérito y los capiteles de su humana dimensión,” concluye Ocampo Moscoso (1993, XXXVIII). De la misma manera, Héctor A. Canonge, quien analiza los versos de esta poeta, pone de relieve la lucha de esta poeta contra las prácticas patriarcales y concluye que “Adela Zamudio... explora lo poético pero va mucho más allá de una mera reapropiación literaria, ya que rechaza, filosófica e ideológicamente el orden patriarcal vigente no sólo en el sentido cultural y artístico, sino en el ámbito social, político y religioso” (21).

Su crítica a la mentalidad patriarcal prevalente de su tiempo también se encuentra en la única novela que Zamudio publicó en vida: *Íntimas* (1913). Acertadamente García Pabón concluye en la introducción a la reedición de esta novela que “la crítica de Zamudio a su sociedad no es una crítica a las estructuras estatales o nacionales, sino a una mentalidad social, a los hábitos sociales que directamente influyen en los individuos. Zamudio es, esencialmente, una crítica moral” (XI).

Sin embargo, en sus dos colecciones de cuentos, *Cuentos breves* y la mal titulada *Novelas cortas*, publicadas en 1943, a quince años después de la muerte de la escritora, textos que ya estaban escritos en 1916, Zamudio asimismo critica las estructuras sociales y las instituciones que marginan a la mujer, que ignoran la existencia tanto de los niños abandonados como de los pobres. Si la mujer es alienada por la inscripción genérica, el niño y el pobre son víctimas de unas estructuras socioeconómicas aparentemente inmutables que prolongan la miseria indefinidamente. Sus cuentos se caracterizan por su especificidad, por localizarse en el valle de Cochabamba, de modo que su crítica es más eficaz ya que sus relatos echan luz a problemas que requieren una solución local. Para Adela Zamudio, entonces, la política es una práctica local, la lucha es siempre personal, estrechamente circunscrita. A pesar de la penosa realidad de su entorno, ella cree en la fluidez social, en el cambio, doctrina que la incentivó a luchar por la reestructuración de las normas sociales de su tiempo.

La literatura de Adela Zamudio, que ha sido calificada de tener un propósito social, pedagógico, moralizante, es, pues, una voz que se levanta contra las injusticias sociales que se cometen en su entorno, que acusa valientemente y sin ambages. Así, no es una simple modalidad que sigue los dictámenes de una corriente literaria, sino que es un discurso vivencial personalmente sentido. Esta característica de sus versos llevan a Preble-Niemi a concluir que la melancolía expresada por Zamudio en su poesía no es aquel formulista “mal de siglo,” aquel *ennui* sin causa, de los pre-modernista. En vez de los trastornos de estado de ánimo que no son más que una convención cultural en la obra pre-modernista, lo que se

desprende de la obra de Zamudio es una voz de auténtica emoción basada en sus vivencias. Su irreconciliación es con el sistema social, con la falta de justicia en este mundo y, sobre todo, con la endémica hipocresía. (41-2)

Alfonsina Paredes reitera los mismos conceptos al referirse a los cuentos: “Sus cuentos al igual que su poesía muestran un tinte melancólico de indignada rebeldía contra la injusticia, la desigualdad económico-social y sobre todo contra la prepotencia y el abuso de los más contra los menos. Esta temática la acompaña a lo largo de toda su vida literaria” (75).

Puesto que la literatura rara vez prescinde de un contexto socio-político, Zamudio no podía permanecer ajena a la sociedad que estimuló su escritura. Dada esta relación, resulta imperativo explorar la vida de Zamudio y la sociedad en la que vivió para encontrar las fuentes de su creación artística y pedagógica. En su “Prólogo” a la reedición de *Cuentos breves*, Gustavo Adolfo Otero escribe que hacia 1880 la situación social de la mujer no había cambiado mucho desde los tiempos de la colonia. Todavía se decía, repitiendo a Moratín, que la mujer estaba proscrita de las funciones del pensamiento: “¿Una mujer que piensa? Quitada de ahí. ¡Basta que sea bonita y que no piense!” (11). En ese entonces, la mujer sólo tenía dos opciones de vida: el matrimonio o el convento. Como madre, estaba destinada a cumplir las tareas domésticas y, si alguna vez se le inculcaba algunos rudimentos de intelectualidad, se hacía maestra, vocación considerada como una extensión de la maternidad. Zamudio escoge ser maestra, magisterio en el que demuestra que en su espíritu había una vigorosa voluntad de acción y de creación, actitud social que arremete contra los poderes que oprimen a la mujer y a los desamparados de la sociedad. Otero recalca la gran fortaleza moral de Zamudio, quien siempre actuó con una decisión característica de las almas superiores que “no se someten al medio circundante, sino que se impone (sic) para transformarlo. Había en esta mujer descontenta, no conformista y rebelde, una impulsión apostólica de removedora e inductora. Por eso fue maestra, y por eso fue escritora” (12).

El doble apostolado que Zamudio ejerce, como maestra y como escritora, cumple, pues, una función de reestructuración social. Como mentora de la niñez y de la juventud, “gusta de la renovación y de la libertad en el pensamiento y en la acción” (Guzmán 63), forma de vida que inculca especialmente a sus alumnas. Esta maestra no se contenta con impartir conocimientos, sino que su energía inagotable trasciende más allá de las aulas hasta llegar “al escenario social y político donde hizo escuchar su voz, lejos de todo interés subalterno, con la finalidad de remover conciencias, imprimir nuevas direcciones culturales y contribuir, con auténtico espíritu renovador, a la solución de problemas predominantes en su medio” (Ocampo Moscoso 1993, XXXI).

Una meta permanente en su labor de renovación social es la importancia que da a la educación de la mujer, iniciativa que le permite constituirse en agente social. Puesto que en Bolivia recientemente se había establecido la educación laica, algunas mujeres como Adela Zamudio asumieron la dirección de las escuelas. La obtención de este puesto de jerarquía representa un paso fundamental en el desarrollo social de la mujer boliviana, dado que se les reconoce la capacidad de no sólo supervisar las funciones del hogar sino también de dirigir un establecimiento educacional. Gracias a esta nueva posición, la mujer boliviana de la clase media alta rompe el aislamiento que la encasillaba en la geografía doméstica, lo que le permite entrar en el círculo público, espacio que hasta ese entonces era exclusivamente masculino. Consciente de este avance, en una conferencia sobre pedagogía, dictada en el Paraninfo de la Universidad de San Simón, Zamudio enfatiza la importancia social de la dirección de un colegio, ya que, según ella, en este cargo “el director debe poseer las aptitudes especiales de

un gobernante” (citado de Paredes 73-74). Por otra parte, la labor educativa que realiza la mujer le confiere cierta libertad económica, lo cual disminuye en parte su dependencia del varón. Adela Zamudio imparte estos conceptos a sus alumnas, predica con el ejemplo. Sin embargo, como anota Alfonsina Paredes, su postura revolucionaria educativa no es inclusiva, sino elitista ya que estaba dirigida exclusivamente a las alumnas de familias aristócratas, pupilas del Liceo de Señoritas que ella dirigía. Paredes considera acertadamente que esta posición, por lo menos en lo que se refiere a la educación, representa una contradicción en las ideas avanzadas que Zamudio tenía de la mujer (119).

Si bien Zamudio utiliza el discurso como un medio para denunciar las injusticias sociales, dicho discurso también deja translucir su racismo de clase, sentimiento que menoscaba sus ideas liberales. A través de su narrativa, invariablemente se caracteriza al indio y al cholo como brutos y rudos; en “Como miente la historia,” la anfitriona no permite que el pongo sirva la mesa a los invitados por considerar su presencia indigna de la ocasión; en *Íntimas* (1913) se describe a las lavanderas como gente grosera y a la sirvienta se la califica de imbécil; en esta novela, ellas son la causa de la tragedia que se desencadena. Dora Cajías, quien recoge el testimonio oral de Tita Blanco, pariente de Adela Zamudio, dice que esta sobrina “recuerda que en su familia eran muy frecuentes los comentarios sobre las anécdotas de la tía Adela y su rechazo al ‘cholaje’” (57). Este desdén lleva a Cajías a concluir que Adela Zamudio, “liberal como se consideraba y defensora de la justicia social en el discurso político, en la práctica cotidiana fue, sin embargo, elitista y hasta discriminadora racialmente...” (57). Zamudio parece estar imbuida de las ideas positivistas que su amigo Alcides Arguedas plasmara en *Pueblo enfermo* (1910), donde denigra al cholo y al indio, por considerarlos inferiores al hombre blanco.

Las ideas progresistas de Zamudio fueron apoyadas por algunos adeptos pero también le ganaron muchos y poderosos enemigos. Incluso, no todas las mujeres de su tiempo profesaron su adhesión a las actividades didáctico-sociales de Zamudio. En 1913, un grupo de mujeres de la Liga de Señoras Católicas Bolivianas presentó una petición al congreso nacional alegando que la enseñanza en las escuelas fiscales debía ser nuevamente impartida por religiosos ya que, según su acusación, “las escuelas laicas eran preparadoras de una generación de criminales” (Ocampo Moscoso 1993, XXIII). Estas señoras no sólo lanzaron tal acusación, sino que habían retirado a sus hijas de la Escuela Fiscal de Señoritas, en claro repudio de la dirección liberal que Adela Zamudio impartía en dicho establecimiento educativo. Cabe recordar que desde la publicación de su poema “¿Quo Vadis?” (1912) se establece una profunda desavenencia entre los defensores del fuero católico y Adela Zamudio. Su disputa con la religión católica no es una consecuencia de su pérdida de fe, ni un cuestionamiento de los principios católicos, sino en la práctica y la prédica equivocadas que los clérigos hacen de dichos principios. En cambio, Zamudio practica un catolicismo fundado en la moral, en la virtud como expresión de amor y justicia por los desvalidos, religiosidad que se manifiesta en una caridad de entrega personal. Por eso ella repudia la práctica de una caridad hipócrita, el beaterio oscurantista, el abuso del poder clerical. Además, su espíritu combativo la lleva a enfrentarse a la Iglesia, institución que históricamente ha intentado enclaustrar a la mujer en el ámbito doméstico y mantenerla en un estado de ignorancia.

En su libro, *La patria íntima*, Leonardo García Pabón concluye que la Iglesia deviene un factor preponderante en la educación y la construcción de la identidad de la mujer boliviana. Una de las manifestaciones de la influencia de la Iglesia en la sociedad boliviana es la popularidad del libro de Aimé Martin, *Éducation des mères de famille au de la civilization de*

genre humain par les femmes, traducido y publicado en Cochabamba en 1847. García Pabón afirma que en Bolivia:

la popularidad del libro de Martín es un indicio de hasta qué punto la educación estaba dominada por la ideología cristiana, y cómo esta ideología asigna un papel de subordinación de la mujer al hombre... No es de extrañar entonces que Zamudio se enfrente a la iglesia porque esta institución es la que más intenta mantener a las mujeres en una posición de subordinación y la escritora, para 1913, ya había desarrollado un (sic) clara posición de defensa de la mujer y de la niñez. (99)

Efectivamente, las taimadas prácticas religiosas son un tema recurrente no sólo en su narrativa sino también en sus ensayos. El anticlericalismo presente en sus ensayos es una reacción contra la influencia perniciosa que la Iglesia ejerce en la mujer. Su filosofía de vida, su amor por los niños, su interés por su educación y por la situación de la mujer en la sociedad, constituyen fuentes de energía inagotable que la instan a batallar en varios frentes, a veces simultáneamente. Precisamente, su espíritu de lucha y su amor especial por los niños, la llevan a entablar una polémica con el padre Pierini, estableciendo, según el decir de Ocampo Moscoso, un “duelo de ideas” (1993, XXV). En realidad, Adela Zamudio sólo escribe dos ensayos en esta polémica que polarizó a la sociedad boliviana y profundizó la división entre los intelectuales liberales y los conservadores, quienes, atrincherándose en sus respectivas posiciones, escriben artículos periodísticos incendiarios que alimentan los ánimos caldeados de ambos grupos. La línea divisoria separaba a los que favorecían la continuidad de la supremacía exclusiva de la enseñanza religiosa de aquellos que defendían la recién establecida escuela laica.

El 13 de septiembre de 1913, la Liga de Señoras Católicas Bolivianas organiza un Gran Concierto Infantil, velada que, según el discurso inaugural, fue “para MAYOR HONRA Y GLORIA DE LA SANTA RELIGIÓN” (citado de Moscoso 1993, XXIII). Los fondos recaudados en esa función estaban destinados al mantenimiento de la Clase Superior, escuela religiosa fundada por la Liga Católica para contrarrestar los supuestos efectos perniciosos de la educación laica. A los diez días de dicha función, Zamudio publica en *El Heraldo* un ensayo titulado “Reflexiones,” en el que registra su indignación porque, con la excusa de enseñar la moral, se utilizó a niños para representar escenas de dudosa moralidad. Zamudio hace constar que “un hermoso e inteligente niño, hijo nada menos de un comisionado de instrucción municipal, haciendo de borracho y libertino ha cantado loas al vicio y a la disipación, con asombrosa maestría...” (citado de Guzmán 105). El fin no podía justificar los medios, contradicción tan evidente que, según Zamudio, el más ignorante se preguntaría: “Si esa clase se fundó para moralizar a la niñez, ¿por qué para sostenerla se desmoraliza a la niñez?” (citado de Ocampo Moscoso 1993, XXIV).

La reacción no se dejó esperar. A la semana, el airado sacerdote italiano Pierini responde en el matutino *El Ferrocarril*, acusando a Zamudio de no haber podido disimular su aversión al catolicismo. Por casi tres meses, los partidarios de ambos bandos intercambian diatribas que Zamudio intenta dar fin con la publicación de su “Carta abierta” dirigida al padre Pierini y publicada en *El Comercio* el 26 de diciembre de 1913. En su parte más saliente dice:

Lo que evidentemente irrita a Ud. y le escandaliza es que una cualquiera como yo, una mercenaria que gana el pan, tachada, además, de irreligiosidad, se haya atrevido a denunciar un error de matronas piadosas, ricas e influyentes. Si ésa es la moral católica

que Ud. tanto encomia, yo no la profeso ni la enseñaré jamás a mis alumnas. Yo profeso la moral humana, la inmutable, la que aquilata la virtud donde se encuentre, humilde y desconocida y condena el error sea quien fuere el potentado que ha caído en él. (citado de Ocampo Moscoso 1993, XXVIII)

Este pasaje ilustra, primero, el compromiso político-social de Adela Zamudio con la educación de los niños y su natural inclinación a la acción. Segundo, su inquebrantable moralidad y su predisposición por la práctica de la virtud. Tercero, que las mujeres bolivianas de ese tiempo no constituyen un grupo monolítico, sino que se hallan divididas en clases sociales. Cuarto, que la polémica deja constancia de la influencia de la Iglesia en todos los niveles de la sociedad boliviana, cuyas prácticas frecuentemente contrastan con la moral que practica Zamudio, basada en los principios humanos de justicia y equidad.

A menos de tres meses de haber concluido la polémica, Adela Zamudio publica “Temas pedagógicos: La instrucción moral en el tercer grado de la escuela primaria” (citado de Ocampo Moscoso 1993, 172-180), el 20 de marzo de 1914. En este ensayo, la “Alondra del Tunari,” apelativo con el que también era conocida, da muestras, una vez más, de su preocupación por la suerte de las adolescentes. En ese tiempo no existía en Cochabamba una escuela secundaria de mujeres, de modo que ellas concluían su educación una vez terminado el sexto grado.² Para Zamudio, la función principal de la educación es preparar a las alumnas para la vida, de modo que las maestras deben instituir en las futuras madres un claro concepto de lo que es la virtud, conocimiento que les permitirá ser felices. Para lograr este objetivo, Zamudio propone que la mujer debe continuar sus estudios y tener acceso a todos los ramos del saber y recibir, especialmente, una “instrucción moral.” Sin embargo, la moralidad que ella evoca no corresponde necesariamente a la que la religión católica predica, institución que inculca a las mujeres el error muy difundido de confundir la virtud con la devoción. Zamudio sentencia categóricamente que “se puede ser virtuoso sin ser devoto.” Para ella, la devoción incluye la oración pública realizada en templos y calles, donde a menudo las devotas lamentan las miserias de sus semejantes y creen cumplir con su deber moral aconsejándole resignación al miserable, que ponga su fe en la recompensa eterna. En contraposición, Zamudio exige una “caridad práctica” que supere la simple oración, puesto que “no es loable, no es humano, detenerse demasiado en ese plácido refugio, mientras haya en el mundo, lágrimas que enjugar, orfandades que amparar, ciegas crueldades por reprimir...” Puesto que declara insulsa la devoción desposeída de caridad práctica, Zamudio propone una alternativa: el trabajo, práctica que considera “la oración del fuerte.” El trabajo hará feliz a la mujer ya que la liberará del servilismo y la preservará de los devaneos de una imaginación ociosa. El trabajo, por lo tanto, es la actividad indispensable que hará de la mujer un ser independiente y fuerte, libre de las limitaciones impuestas por una sociedad patriarcal que reifica costumbres atávicas, que requiere que ella sea únicamente esposa y madre. La mujer, por lo tanto, está llamada a alcanzar lo que Zamudio llama “la maternidad moral,” estado de bienestar y felicidad que las maestras deben inculcar a sus alumnas.³

A pesar de su preocupación por la mujer boliviana, los estudiosos que han analizado la vida y obra Zamudio, no se han puesto de acuerdo sobre si su pensamiento fue o no feminista. Mary Bridget McBride, por ejemplo, la califica de “prefeminista,” término que

2 Zamudio termina la exclusión educativa de la mujer al fundar la primera escuela fiscal de señoritas, obra que culminaría en 1920 al establecerse el Liceo de Señoritas de Cochabamba, del cual ella fue su primera directora.

3 El concepto de la felicidad en la mujer postulado por Zamudio es una idea precursora del *jouissance*, definido medio siglo después por Hélène Cixous como aquella capacidad energética y placentera de la mujer cuya expresión discursiva puede transgredir el orden falogocéntrico. Ver, “Castration or Decapitation?”

utiliza para describir aquellos textos que “project a tentative female voice which predates the development of women’s movements and feminism” [“proyectan una voz femenina tentativa que precede al desarrollo de los movimientos de mujeres y del feminismo”] (2). Dora Cajías concluye que las feministas fueron quienes enarbolaron posteriormente el “feminismo” de Adela Zamudio, atribuyendo a sus ideas y actos un signo inequívoco de postulación emancipadora y liberadora de los derechos de la mujer. Cajías afirma que:

es muy poco probable que Adela Zamudio hubiera tenido conocimiento de la ideología feminista y su vinculación con ésta es por tanto más aparente que real; su defensa hacia la mujer es sólo un componente más de una visión que abarca a una crítica general a la sociedad por considerarla excluyente e injusta, no sólo con la mujer, sino con otros sectores también postergados (pobres, enfermos, obreros o víctimas de cualquier naturaleza). Es indiscutible, sin embargo, que gran parte de su vida estuvo dedicada y enfocada a la reivindicación femenina. (45)

En cambio, Leonardo García Pabón concluye que hasta la fecha la crítica no se ha detenido a destacar una característica esencial del trabajo intelectual de Zamudio: su feminismo, la fuerte conciencia de su género en una sociedad patriarcal. Sin ambages, García Pabón declara que la literatura de Adela Zamudio es una escritura feminista, asignación que figura claramente en el título de su ensayo: “Máscaras, cartas y escritura femenina: Adela Zamudio en la nación patriarcal” (1998, 95). Un par de años más tarde, en la introducción a su edición de *Íntimas*, García Pabón insiste en estos conceptos al expresar que

todo en Zamudio gravita en torno a la mujer y la defensa de sus derechos. Desde sus poemas como “Nacer hombre” hasta sus cuentos sobre la crueldad masculina, sin olvidar sus denuncias del mal trato de mujeres y niños, la posición crítica de Zamudio hacia la sociedad patriarcal boliviana ha sido una constante. Su feminismo es, pues, el sello determinante de su obra. (s.f. VIII)

Precisamente, *Íntimas* ficcionaliza la necesidad de la mujer de tener un lugar propio para codificar su intimidad escrituralmente. Esta novela es, pues, “el primer espacio narrativo en la literatura boliviana donde se puede notar la presencia de una voz claramente femenina” (García Pabón XVI-XVII)

Por su parte, Alfonsina Paredes afirma que “Nacer hombre” abre el rumbo de la lucha emancipadora femenina en Bolivia, poema que coloca a Adela Zamudio a la vanguardia de esa contienda. Sin embargo, Paredes también opina que quizá Zamudio, al asumir una actitud feminista, no haya tenido objetivos determinados, pero sí tenía conciencia de que la mujer no jugaba ningún papel en la constitución de la nación y de sus instituciones. (54-5). Por eso, en sus clases inculcaba la incorporación de la mujer en la vida nacional:

Desde su puesto de maestra sentará las premisas de la lucha feminista concitando a las generaciones futuras su deber de lograr la emancipación de la mujer de la servidumbre moral y material a la que estaba sometida por un régimen de burguesía incipiente ligada al latifundismo como clase dominante. (Paredes 70)

Por mi parte, no concuerdo con la calificación de “prefeminista” con el que Mary Bridget McBride caracteriza a Adela Zamudio. Según McBride, el feminismo empieza en la década de los 60, fecha que constituye una limitación histórica arbitraria ya que antes de esa fecha, muchas escritoras hispanoamericanas escribieron ensayo, narrativa, poesía y teatro de clara

intención feminista, textos que día tras día son “descubiertos” por intelectuales empeñadas en un proceso de rescate, reivindicación y cambio del canon literario tanto a nivel local como continental.⁴ Además, es imperativo diferenciar el feminismo del movimiento de mujeres; éste último es un hecho histórico definido temporalmente, sintomático del feminismo, dado que constituye una de sus manifestaciones. Las raíces del feminismo, pues, son tan antiguas como la historia de la humanidad misma. Hoy en día algunas escritoras vuelven a los textos clásicos griegos en busca de heroínas feministas, reescriben partes del Génesis o subvierten la ideología patriarcal de los cuentos de hadas con el fin de poner al descubierto el contenido feminista en esos textos antiguos.

Tampoco concuerdo con que Adela Zamudio no haya tenido conciencia de su feminismo. Acepto que ella no haya utilizado el término, ni ningún otro para definirse, pero esto no impide incluirla dentro de los parámetros del feminismo. Si nos basamos en la petición de la Liga de Mujeres al Congreso Nacional, se puede constatar que el término “feminismo” no era utilizado en ese tiempo en Bolivia, sino que se aludía a práctica feminista con otros términos. Así, las firmantes de la mencionada petición declaran que ellas “no son mujeres evolucionadas... sufraguistas (sic)... emancipadas que acudían en reivindicación de derechos que nunca perdieron” (Guzmán 103). Es innegable que estas mujeres se diferenciaban de Zamudio, la portaestandarte de la escuela laica que dichas señoras querían abolir.

Si bien las narraciones cortas de Zamudio no pretenden transformar el universo simbólico, sus cuentos sí abogan tanto por el mejoramiento de la posición de la mujer en la sociedad como por el de otros grupos minoritarios que carecen de poder, como los pobres, los niños e inclusive los animales.

En su ensayo “What Is Feminism?” Rosalind Delmar declara que “if feminism is a concern with issues affecting women, a concern to advance women’s interests, so that therefore anyone who shares this concern is a feminist, whether they acknowledge it or not, then the range of feminism is general and its meaning is equally diffuse” [si el feminismo es una preocupación por los temas que afectan a la mujer, una preocupación por mejorar sus intereses, cualquiera que comulgue con esta preocupación es feminista, no importa si lo sepa o no; entonces, el campo del feminismo es general y su significado es igualmente difuso] (8).

Y, continúa Delmar, “in the writing of feminist history it is the broad view which predominates: feminism is usually defined as an active desire to change women’s position in society” [“al escribir la historia del feminismo, lo que predomina es la visión amplia: el feminismo se define generalmente como un deseo activo de cambiar la posición de la mujer en la sociedad”] (9). No cabe duda que el trabajo pedagógico, social y la literatura de Adela Zamudio buscan mejorar la posición de la mujer en la sociedad boliviana, de modo que deviene netamente feminista. Puesto que la literatura escrita por mujeres codifica aquella realidad ignorada por el verbo masculino, espacio en el que surgen otras preguntas, que plasma otras experiencias, bien se puede afirmar que la simple autor(idad) femenina basta para que el texto sea feminista.⁵

4 Ver, por ejemplo *Escritoras chilenas: Teatro y ensayo* (1994), que consigna el trabajo pedagógico y el feminismo de Amanda Labarca, quien, como Zamudio, realizó su labor en Chile mucho antes de la década de los 60.

5 Nelly Richard sostiene que “basta que haya literatura escrita por mujeres para que se pueda hablar de literatura femenina (sea para rebajarla, sea para adornarla), sin que necesariamente se formule la pregunta de cómo se *textualizan* y se *sexualizan* los rasgos susceptibles de articular su ‘diferencia’ frente a la ‘identidad’ masculina del texto hegemónico que culturalmente sirve de patrón literario dominante” (39; énfasis en el texto).

Ya hemos aludido a “Nacer hombre,” poema que inicia la escritura ginocéntrica en Bolivia, cuyos versos señalan la ineptitud del hombre, su chatura intelectual y sus imperfecciones. Ante estas circunstancias, la voz poética se asombra porque él goza de múltiples privilegios, por ser hombre. En contraposición, la mujer, a veces superior a él, es relegada, por ser mujer.⁶ A través de una serie de oposiciones binarias que inscriben al hombre y a la mujer en posiciones de desigualdad, Zamudio critica a su sociedad por regirse en conformidad con un comportamiento asimétrico que aliena a la mujer. En “Progreso,” poema de clara intención irónica, retoma el tema del hombre, cuya posición de privilegio le otorga la potestad de ordenar la sociedad y definir los límites alienantes que restringen la vida de la mujer:

Pero desde que el hombre sabio y fuerte,
Compadecido de su incierta suerte,
Discute con profundos pareceres
La educación moral de las mujeres;

Desde que ha definido su destino,
No señalándole más que un camino,
Y ni virtud ni utilidad concilia
Sin la maternidad en la familia;

Ya saben ellas desde muy temprano
Que amar un ideal es sueño vano,
Que su único negocio es buscar novio
Y quedar solterona el peor oprobio. (1887, 40-41)

La carga emotiva que conlleva este poema revela la inmovilidad a la que estaba destinada la mujer boliviana, permanencia que exigía una transformación total e inmediata de las estructuras socio-políticas con el fin de rescatar a la población femenina de una situación que no podía sino profundizar su deterioro existencial. Ante las alternativas limitantes reservadas para la mujer, Adela Zamudio misma se rebela y opta por la soltería para no someterse a la mediocridad del hombre de su tiempo. Su literatura así como su vida devienen, por lo tanto, prácticas de resistencia al orden falogocéntrico, constituyen un testimonio que afirma que se puede vivir fuera de los márgenes impuestos por el orden patriarcal, ejemplo que Zamudio transmite a otras mujeres.

El feminismo de Adela Zamudio la lleva a incursionar en la inscripción escritural de la experiencia de la mujer para así dejar constancia tanto de su cultura como de sus sentimientos y sufrimientos. En “A la poetisa María Josefa Mujía,” poema incluido en *Ensayos poéticos* (1887), la única precursora boliviana que Zamudio tuvo, canta en honor a la poeta ciega, conmisericordándose con el dolor que ella siente por el destino de tinieblas que le ha tocado vivir, pero al mismo tiempo advierte que el mundo no merece ser visto porque en él reinan la miseria y el engaño. La voz poética identifica su propia tristeza con la de la ciega y propone aunar sus voces para lamentarse juntas del dolor de su entorno. Dos consuelos le quedan a la voz poética: uno es la certeza de que Mujía busca su propio alivio en sí misma y no en su entorno desquiciado y, dos, la voz poética espera que el canto mitigue las penas de la poeta. Zamudio se identifica plenamente con su objeto poético y, al hacerlo, no sólo crea una comunión entre mujeres, sino que establece una continuidad histórica que deja una constancia escritural de los principios de la cultura de la mujer boliviana.

6 El tema de la superioridad moral e intelectual de la mujer, constituye, años más tarde, la base de la poesía de Alfonsina Storni, cuya poesía se caracteriza por su indiscutible feminismo.

Su ética moral que la hace sentir empatía por el sufrimiento de la mujer, también la mueve a inscribir las experiencias de mujeres desconocidas, cuyas vidas han sido ignoradas por la historia, pero que Zamudio registra porque ejemplifican las normas perniciosas que rigen el comportamiento de los hombres de su sociedad. En agosto de 1914, al año en que inicia la polémica con el padre Pierini, Zamudio publica en *El Heraldo* un ensayo titulado “Por una enferma” (citado de Ocampo Moscoso 1993, 181-187). En él acusa a las autoridades eclesiásticas, a la justicia pública y a la sociedad en general, por su indiferencia ante la suerte de la monja Josefa Bascopé, insensibilidad que Zamudio califica de “cobarde egoísmo” Ninguna persona ni institución, a pesar de conocer el caso, había puesto fin al encarcelamiento de esa mujer enclaustrada, contra su voluntad, en el convento de Santa Clara, en Cliza.

Todos sabemos —escribe Zamudio— que la mujer honesta y desdichada que le dió el ser, próxima a morir, en hora aciaga, espantada ante el espectro de la miseria que amenazaba a sus tiernas hijas, imploró la caridad de una amiga, la cual, temerosa de los peligros del mundo, indujo a la pobre niña de diez y siete años a tomar el velo y que ésta se decidió por no disgustar a la protectora de sus hermanitas.

Así empieza la desdicha de esa joven enclaustrada cuyo cautiverio indigna a Zamudio por ser reminiscente de los bárbaros martirios de eras remotas. Catorce años de encierro forzado enloquecen a la joven cuyo enajenamiento mental multiplicó su dolencia al ser relegada al rincón más lóbrego del convento donde fue doblemente encarcelada, al yacer impávida en una tumba dentro de otra tumba. “En momentos de crisis, figurándose que mascaba sus cadenas, ha mascado furiosa cuanto objeto duro y cortante tenía a su alcance, y hoy, desgranadas las perlas de su boca, ésta no es más que un agujero sangriento,” se lamenta Zamudio. En sus horas vacías, la desgraciada enclaustrada teje un velo con las hebras de su cabello, texto macabro que contiene el testimonio de su martirio ignoto, de su dolor inconsolable, texto-velo que regala a su hermana que se marcha del país. La indignación de Zamudio por la injusticia perpetrada contra esta víctima involuntaria, busca al culpable, exige una reparación, un cambio en la complacencia social, meta que se propone aunque ella misma sea vilipendiada por acusar a los culpables:

Bien sé que estos renglones, no pudiendo ser desmentidos, serán públicamente anatematizados; bien sé que cierto fanático calculador, que ahoga en el pecho los impulsos naturales y detiene en los ojos las lágrimas, por sujetarse a conveniencias, se estrellará una vez más contra mí y me cubrirá de improperios.

No me hacen mella. Si estos renglones mueven a alguien; si consiguen un cambio favorable en la existencia de la pobre enferma, los bendeciré y serán el único triunfo de mi vida.

Ocampo Moscoso señala que ese vibrante “Yo acuso” provocó intensa conmoción en el país, despertando nuevamente la admiración de instituciones y personas por el espíritu noble de Zamudio, quien salía nuevamente en defensa de la dignidad humana, en favor de los carentes de poder (1993, XXXIV). Augusto Guzmán informa de la intervención de las autoridades en favor de la monja, quien, al término de las indagaciones, permanece enclaustrada, puesto que, adujeron los médicos que la examinaron, ella estaba loca, presa de manías eróticas y místicas y propensa a accesos furiosos: “el carácter incurable de la enfermedad nos impulsa a declarar que el estado actual de la reclusión y el tratamiento al cual está sometida la enferma, se hallan conformes con las prescripciones aconsejadas por la ciencia moderna” (133).

“La misión de la mujer” es el último ensayo escrito por Zamudio cuando ella tenía 62 años y publicado en 1922 en la revista *Arte y Trabajo*. Allí hace un recuento histórico de la exclusión social de la mujer y termina informando sobre la posición social de la mujer cochabambina de su tiempo. Inicialmente, Zamudio acusa al hombre de todas las épocas por haber coartado el destino de la mujer, por haberla marginado desde los principios de la humanidad:

Desde la compañera del hombre de la edad de piedra hasta la ciudad de Esparta y la matrona romana... la mujer se educaba para el hombre, no para sí misma. El cristianismo le dio un destino personal, como criatura racional llamada a conquistar una vida superior por la perfección del espíritu... Pero su eterno enemigo, el orgullo ciego del hombre, no tardó en combatirla en el seno mismo de la Iglesia. Los Santos Padres, viendo en ella la personificación del pecado carnal, la cubrieron de anatemas... Los padres cristianos... la condenaron a la ignorancia y al encierro. (citado de Guzmán 147)

En ese ensayo, Zamudio destaca una vez más la desigualdad de trato que la sociedad de su tiempo dispensaba al hombre y a la mujer, dobleces que eran más aparentes en el comportamiento que estos exhibían en sus relaciones amorosas. Esta asimetría la lleva a concluir que “porque el hombre es fuerte se le perdonaban todas las debilidades; porque es valiente le eran permitidas todas las cobardías. En⁷ la suma de responsabilidades recíprocas, resultantes de sus relaciones íntimas, lo que en él era triunfo y motivo de vanagloria, era en ella oprobio y caída” (citado de Guzmán 147).

Sin embargo, las estructuras sociales bolivianas estaban en proceso de transformación. Ante estos cambios sociales, Zamudio gozosa escribe: “Oficinas, despachos, almacenes se llenaron de empleadas asiduas, inteligentes y animosas” (citado de Guzmán 147). Pero, Zamudio desapruueba otros aspectos emancipadores de la mujer, especialmente en lo que respecta a la moda, práctica en la que ella demanda que se conserve el atuendo tradicional femenino. Ella lamenta el comportamiento de aquellas mujeres, a quienes llama muñecas, que por seguir las costumbres modernas realizan prodigios de equilibrio sobre dos altos tacones, orgullosas de su desnudez provocativa. Hasta el sacerdote amonesta a la mujer en vano, razón por la cual, dice Zamudio, éste “se ha visto más de una vez obligado a cerrarle el paso a fin de evitar que se presente en la casa del Señor, en traje de baño” (citado de Guzmán 149). Como se puede constatar, al final de su vida, Zamudio todavía prescribe a la mujer una mezcla de prácticas liberales y conservadoras, resultado de la moralidad que practica, que pide justicia para la mujer, pero ella misma sublima su cuerpo e ignora su capacidad sexual transformadora de la sociedad.

Si bien Adela Zamudio escribe en favor de las mujeres, este grupo social fue también el blanco de sus airadas protestas. Rechaza especialmente las prácticas de aquellas devotas que habían aceptado e internalizado el oscurantismo retrógrado que los sacerdotes habían implantado en sus mentes, inscripción que las reducía a la geografía doméstica. En general,

7 Estas transformaciones se aceleran años después como consecuencia de la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935). Cuando los hombres se enlistan para combatir en el frente, las mujeres les suplen en los cargos de la administración pública, puestos que no dejarían una vez terminada la guerra. La inclusión de las mujeres en el círculo público modifica el tejido de la sociedad, textura en la cual la mujer boliviana, con la confianza que había adquirido durante el período de ausencia del hombre, juega un papel imprescindible en la economía de la nación. Dicha inclusión cambia también el comportamiento de las nuevas empleadas debido a su recién encontrada emancipación económica. En este sentido, Adela Zamudio, como educadora de la mujer, sería la precursora de esa transformación social.

Zamudio pugnaba por terminar la supeditación de la mujer ante la supremacía del hombre, quería poner fin al sometimiento moral y material de la mujer, postración que no le ofrecía ninguna perspectiva fuera del matrimonio, que no le posibilitaba desarrollar su intelecto, práctica secundada por las enseñanzas clericales. Por otra parte, como ya se dijo, Zamudio también se erige como la defensora de la niñez y de los pobres, de aquellos carentes de poder, tema que trata, por ejemplo, en su cuento “El velo de la Purísima,” escrito en 1916, en el que fustiga la devoción de las mujeres a las estatuas religiosas en vez de practicar la caridad con los pobres. Esta polifacética y dinámica mujer que guía con el ejemplo, es, dice Ocampo Moscoso, “una escritora conciencial” que se interesa por la transformación de las deficientes condiciones sociales en las que viven las personas en general (1993, XX-XXI).

Su literatura en general es una evidencia de su preocupación por mejorar la posición marginal de la mujer y de otros desposeídos. En su novela epistolar *Íntimas* (1913), por ejemplo, las acciones de las escritoras internas difieren del rol tradicional de la mujer dictaminado por el verbo masculino, de modo que su discurso deviene un exceso que rebasa los patrones culturales establecidos. De esta manera, al codificar su deseo de establecer otras formas de vida, Adela Zamudio expresa su anhelo de cambiar las estructuras sociales, razón por la cual su creación literaria se enfrenta a aquellos poderes e instituciones de origen patriarcal que subyugan a determinados segmentos sociales. Estas características subversivas del discurso de Adela Zamudio concuerdan con la definición de Nelly Richard sobre el discurso de la mujer. En un inteligente estudio sobre si existe o no una escritura propiamente femenina, Richard concluye que, más que hablar de una escritura femenina, convendría mejor, sin importar cuál fuera el género sexual del autor, referirse a la *feminización de la escritura*. Dicha feminización se produce cada vez que una poética, o una erótica del signo, rebalsan el marco de retención/contención de la significación masculina gracias a una temática de excedente rebelde sobre la materialidad del cuerpo, como la libido, el goce sexual, la heterogeneidad, prácticas que descontrolan la pauta de la discursividad masculina/hegemónica. Asimismo, cualquier literatura que se practique como *disidencia de identidad* respecto al formato reglamentario cultural masculino-paterna; cualquier escritura que se haga cómplice del ritmo transgresor de lo femenino-pulsional, desplegaría el coeficiente minoritario y subversivo (contradominante) de lo femenino; cualquier escritura minoritaria que opera como paradigma de desterritorialización de los regímenes de poder y que cuestiona la identidad preconizada y centrada por la cultura oficial, deviene una manifestación de la feminización de la escritura. En este sentido, Richard concuerda con Diamela Eltit, quien propone expandir la categorización de la feminización de la escritura a otros espacios marginales de agrupaciones humanas igualmente oprimidas. Dice Eltit:

Si lo femenino es aquello oprimido por el poder central, tanto en los niveles de lo real como en los planos simbólicos, es viable acudir a la materialidad de una metáfora y ampliar la categoría de géneros para nombrar como *lo femenino* a todos aquellos grupos cuya posición frente a lo dominante mantengan los signos de una crisis (...). Parece necesario acudir al concepto de nombrar como *lo femenino* aquello que desde los bordes del poder central busque producir una modificación en el tramado monolítico del quehacer literario, más allá que sus cultores sean hombres o mujeres generando creativamente sentidos transformadores del universo simbólico establecido. (Citado de Richard 36)

Si bien la narrativa de Zamudio no trata de transformar el universo simbólico mismo, ni de fragmentar el sistema signico, apertura que conduce a la crisis de la significación, sus

ensayos, cuentos y novela sí abogan tanto por el mejoramiento de la posición de la mujer en la sociedad como por el de otros grupos minoritarios que carecen de poder. En este sentido, Adela Zamudio habría practicado un feminismo inherentemente latinoamericano, constituyéndose así en una precursora del feminismo a nivel continental.

A pesar de que Zamudio sufrió la incomprensión de un segmento de la sociedad, ella fue laudada en vida por su literatura, por su sensibilidad, valentía y voluntad de romper las estructuras retrógradas que frenaban las justas y legítimas aspiraciones de superación de la mujer y del individuo en general. Sin embargo, esos mismos atributos, su voluntad férrea e indomable independencia, su rebeldía y espíritu de lucha contra la injusticia social, contra la hipocresía religiosa, sirvieron de pretexto para que otros la vilipendiaran, para que resistieran sus ímpetus reformistas. Zamudio sufrió incluso el escarnio de aquellas mujeres pacatas empeñadas en mantener el orden falocéntrico que destinaba a la mujer a los confines de la domesticidad. Adela Zamudio rompe el molde de la mujer tradicional, posición de vanguardia que la aliena más de la sociedad en la que vive. Personalmente, ella paga caro por su osadía de haberse rebelado y subvertido las normas de comportamiento de la mujer boliviana. Su sentencia es la incomprensión de algunos, su ostracismo, su soledad perenne, su irremediable soltería y una castidad autoimpuesta que niega las dimensiones eróticas de su cuerpo. Su poesía, más que todo, contiene el dolor sentido, su inconformidad con el entorno en el cual le tocó vivir. El seudónimo Soledad que utiliza en sus primeros versos revela ya el espíritu que la aísla de su medio ambiente. Irónicamente, ella, que prescribió la felicidad como una forma de vida para la mujer boliviana, no pudo alcanzar dicho estado, como bien lo hace notar Dora Cajías:

Con sus versos, con sus artículos, con sus ideas, libró una batalla intelectual que en teoría sintió relativamente resuelta pero que en la práctica, afirmada en su soledad, tuvo un precio muy alto. Alejada en el recogimiento del solterío, no fue feliz. El tono melancólico, pesimista y triste de muchas de sus creaciones artísticas, la muestran como trunca o amargada. (50)

Ella misma resume su dolorosa biografía de la siguiente manera: “En cuanto a mi biografía, puede reducirse a tres renglones. Nací en Cochabamba, creo que el 55 ó 56. No tengo mi fe de edad. He pasado mi juventud a la cabecera de una madre enferma y mi edad madura como mi vejez, luchando penosamente por la vida” (citado de Cajías 24). Asimismo, con tono altisonante, Ocampo Moscoso da cuenta del dolor que Zamudio experimentó en vida:

¡Cuánto sufrió esta mujer admirable! La envidia de los rezagados, la incomprensión de los intonsos, el odio de los oscurantistas que enturbiaron las linfas de su alegría no habían podido doblegar, en cambio, su índole de estirpe prometeica. Conoció como esos seres superiores, la ‘trágica expiación de la grandeza’ que se la mide por la suma del dolor sufrido. (1993, XXXVII)

Al cabo de los años, separada ya de la enseñanza, sola, manteniéndose pobremente con su indecoroso sueldo de jubilada, tiene lugar el insólito episodio de su coronación en reconocimiento a la labor llevada a cabo a través de toda una vida. El 28 de mayo de 1926, la nación corona a la máxima expresión de la cultura femenina boliviana. El rector de la Universidad de San Simón de Cochabamba dio el discurso inicial, en el que destaca que Adela Zamudio “transcurrió su juventud en el seno de una sociedad pequeña, incipiente, personalista y retardataria, casi colonialista todavía, medio hostil y poco propicio al cultivo

de las actividades intelectuales” (citado de Guzmán 154). Puesto que se corona especialmente a la poeta, el rector caracteriza dicha poesía “como el trino melodioso de la calandria, moradora arisca de breñas y eriales, cuya sentida queja, queja ardiente, es voz de melancolía, de desconsuelo y de dolor...” (citado de Guzmán 154). El presidente de la república, Hernado Siles, la corona y proclama que “Bolivia está jubilosa. Vuestra coronación llevará por todas partes el renombre de nuestras letras. Pensadora y poetisa, dáis la gloria a vuestro pueblo y entráis en la inmortalidad...” (citado de Guzmán 155).

Efectivamente, Adela Zamudio se ha convertido en un recio arquetipo femenino en el imaginario boliviano: su imagen adorna un billete de cinco bolivianos, una escuela y una plaza llevan su nombre, su monumento se erige como un mudo testimonio de su paso por esta vida y el día de su nacimiento ha sido designado como el Día de la Mujer. Sin embargo, esta iconografía ha servido hasta cierto punto para opacar la imagen de Zamudio, para desfigurarla en vez de precisar los perfiles de su compleja existencia. Caso palpable es que hasta la publicación de mi libro *La narrativa de Adela Zamudio*, no existía un estudio exhaustivo de sus cuentos, textos que contribuyen a dilucidar los pormenores de su ideología. Un estudio más riguroso de su vida y obra hubiera impedido malentendidos, inclusive de críticos sagaces como Gustavo Adolfo Otero, quien, en la introducción a los cuentos de Zamudio concluye:

La biografía de Adela Zamudio es la historia simple de un cerebro que no vive más que el drama de su propia vida interior, que afirma su existencia en función del mundo que la rodea y que realiza su personalidad en constante evolución creadora. De ella puede decirse que quedaría concentrada en estas palabras: nació, sufrió, cantó, pensó y murió. No es, pues, lo interesante en esta vida la peripecia de su existencia, el episodio, sino la aventura de su vida íntima, su drama interior y la acción de su espíritu. Diríase que esta existencia en su perspectiva lejana es un horizonte en permanente incendio y en la presencia de su alma, un corazón que se devora en su propio fuego. (13)

Otero, al concentrar toda su atención en la vida interior de Adela Zamudio, ignora la importancia de su actividad social, su constante lucha por cambiar las estructuras de una sociedad de textura todavía colonial. Si bien la vida interior de Zamudio constituye el crisol en el que forja su filosofía de vida, ella no permanece en la etapa contemplativa puesto que su vida es toda acción, verbo edificante; no es un fuego que se devora a sí mismo, sino un incendio que destruye para volver a construir una sociedad más justa. Ignorar esta dimensión es olvidar un componente importante en la historia de Adela Zamudio, es tergiversar la cultura de la mujer boliviana desde sus albores.

Adela Zamudio misma estaba consciente de la marca que dejó en su sociedad, de su posición de precursora y modelo para otras mujeres que seguían sus pasos, certeza que ella consigna en su poema “Mi epitafio”:

Vuelo a morar en ignorada estrella
 Libre ya del suplicio de la vida,
 Allá os espero; hasta seguir mi huella
 Lloradme ausente pero no perdida. (1993, 7)

El propósito de este ensayo, entonces, es hacer presente la vida y obra de Adela Zamudio, hacer constar la huella imperecedera que dejó como la primera escritora feminista boliviana.

Bibliografía

- CAJÍAS VILLA GÓMEZ, Dora. *Adela Zamudio: Transgresora de su tiempo*. La Paz: Ministerio de Desarrollo Humano, 1997.
- CANONGE, Héctor A. “Dos ‘trilogías poéticas’ bolivianas de la resistencia: El rechazo amoroso y patriarcal en la poesía de María Josefa Mujía y Adela Zamudio.” *La voz de la mujer en la literatura hispanoamericana fin-de-siglo*. Ed. Luis Jiménez. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999. 19-33.
- CIXOUS, Hélène. “Castration or Decapitation?” Trad. por Annette Kuhn. *Signs. Journal of Women in Culture and Society* 7.11 (1981): 41-55.
- DELMAR, Rosalind. “What Is Feminism?” *Theorizing Feminism. Parallel Trends in the Humanities and Social Sciences*. Ed. Anne C. Herrmann and Abigail J. Stewart. Boulder, Colorado: Westview Press, 1994. 5-25.
- GARCÍA PABÓN, Leonardo. “Máscaras, cartas y escritura femenina: Adela Zamudio en la nación patriarcal.” *La patria íntima*. La Paz: CESU, Plural, 1998. 95-108.
- _____. Introducción. Sociedad e intimidad femenina. *Íntimas*. Por Adela Zamudio. La Paz: Plural, s.f. VII-XX.
- GUZMÁN, Augusto. *Adela Zamudio: Biografía de una mujer ilustre*. La Paz: Juventud, 1986.
- MCBRIDE, Mary Bridget. “Prefeminist Discourse in Short Fiction by Andean Writers.” Tesis doctoral. The University of Texas at Austin, 1994.
- MUÑOZ, Willy O. *El personaje femenino en la narrativa de escritoras hispanoamericanas*. Madrid: Pliegos, 1992.
- _____. *La narrativa de Adela Zamudio*. Santa Cruz, Bolivia: Editorial La Hoguera, 2003.
- OCAMPO MOSCOSO, Eduardo. *Adela Zamudio*. La Paz: Biblioteca Popular Boliviana de “Última Hora,” 1981.
- _____. “Personalidad y obra de doña Adela Zamudio.” *Adela Zamudio. Poesías*. Cochabamba: Imprebol, 1993. V-XXXIX.
- OTERO, Gustavo Adolfo. Prólogo. *Cuentos breves*. Adela Zamudio. La Paz: Ediciones Camarlinghi, 1971. 8-23.
- PAREDES, Alfonsina. *Soledad o Adela Zamudio*. La Paz: Ediciones Isla, 1968.
- PREBLE-NIEMI, Oralía. “Adela Zamudio: poeta y feminista.” *La voz de la mujer en la literatura hispanoamericana fin-de-siglo*. Ed. Luis Jiménez. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999. 35-47.
- RICHARD, Nelly. “De la literatura de mujeres a la textualidad femenina.” *Escribir en los bordes. Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana*. Eds. Carmen Berenguer, Eugenia Brito, Diamela Eltit, Raquel Olea, Eliana Ortega, Nelly Richard. Santiago, Chile: Cuarto Propio, 1987. 39-52.
- _____. *Masculino/Femenino: Prácticas de la diferencia y cultura democrática*. Santiago, Chile: Zegers, 1993.

ROJAS PIÑA, Benjamín y Patricia Pinto Villarroel, eds. *Escritoras Chilenas. Primer volumen: Teatro y ensayo*. Santiago, Chile: Cuarto Propio, 1994.

ZAMUDIO, Adela. *Ensayos poéticos*. Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser, 1887.

_____. *Novelas cortas*. La Paz: Juventud, 1973. *Poesías*. Ed. Eduardo Ocampo Moscoso. Cochabamba: Imprebol, 1993.

_____. *Cuentos breves*. La Paz: Juventud, 1995.

_____. *Íntimas*. Ed. Leonardo García Pabón. La Paz: Plural, s.f.